



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Ahora gano mucho más. ¡Nunca salgo a la calle sin un perro!

Ayuntamiento de Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES



DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

 **A LOS VERANEANTES** 

**Cuando preparen su equipaje, no olviden incluir entre
las cosas indispensables los famosos**

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

**Es un consejo que nos agradecerán ustedes cuando disfruten
tranquilamente de las delicias veraniegas.**

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al número 87
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

26. — De repostería.

DE ARRIBA Y DE ABAJO
(PARA EL CAFÉ)
TOLEDANA
TRISTE (en Méjico)

27. — De la industria papelera.

— Dame el abanico, *prima-tres-cuatro*.
— Si quieres el de Lola, te lo daré. El tuyo lo ha
escondido la niña con el rosario de *cuarta-prima*.
— Es una urraca la niña ésa. Hay que darle
unos azotes por *dos-cuarta*.
— Ayer, con la *todo* que compré para unas pan-
tallas, hizo gorros para todos sus muñecos.

28. — Del sumario.

AS ————— DE
|
NOTA
|
CO ————— PAS

29. — Pica en invierno.

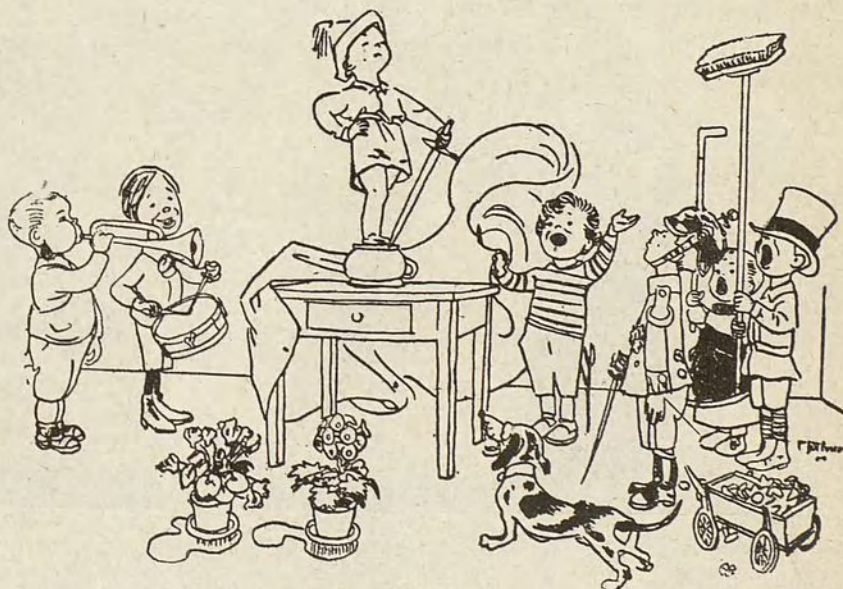
SOCIEDAD ANÓNIMA
El de María
NO SIN CERO

CUPÓN NÚM. 5

que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCUR-
SO DE PASATIEMPOS del
mes de julio.



Para hacer como los mayores...



...inauguración de un monumento público.

(De Lustige Blätter, de Berlín.)

30. — De obra prima.

PUNTILLA
EXTREMIDAD

Para las condiciones de este
Concurso, véase nuestro
número 83.

31. — Frase.

El diestro D. E. pinchó once
veces. Oyó dos avisos. Acabó
atravesando brazuelo.

El diestro E. N. oyó los tres
avisos. Después de cuarenta y
cuatro pinchazos, vió marchar
toro al corral. El salió conducido
Guardia civil cárcel distrito.



EL JABÓN HENO DE PRAVIA ES BUENO

POR SU ESMERADA ELABORACIÓN

y su perfume intenso

Y

NO ES CARO

porque dura mucho sin
perder ninguna de sus
propiedades.

PASTILLA

1.50

PERFUMERIA

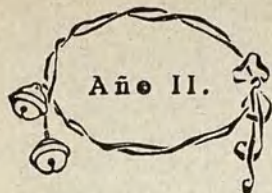
GAL

MADRID



D.P.A.S. - 922





BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 29 de julio de 1923.



CALAMOCHA, INVENTOR



A noticia del fallecimiento de Calamocha, el gran inventor español, ha pasado completamente inadvertida, y ni un solo periódico hispano ha estimado conveniente publicar algún pequeño elogio en honor del insigne sabio tan prematuramente desaparecido. Si se hubiese tratado de un concejal, de un torero o de cualquier ignorante por el estilo, toda la Prensa se habría apresurado a dar a conocer biografías detalladas; pero sabido es que, acaso por disposición de algún hado adverso, los verdaderos hombres cumbres tienen que soportar la desgracia de no ser comprendidos por sus conciudadanos, ni jamás cuentan con el aprecio de sus coetáneos.

Como todas las naciones, España ha sido ingrata con sus grandes hombres. Cervantes, D. Juan de la Cierva y Riego, el pintor del sombrero de paja, son casos que prueban la certeza de nuestra aseveración.

Las generaciones siguientes, nobles, justicieras y reparadoras, comprenden el verdadero mérito de las figuras del pasado; por ello, esperemos confiados que las gentes venideras harán recta justicia, y que el nombre de Calamocha será reverenciado más adelante por todos los habitantes del orbe.

Procede Calamocha de noble familia, y ya en la infancia muestra gran afición a la ciencia, avivada al hacerse hombre. Contrariedad enorme causa a los suyos este desmedido amor al trabajo. Sus padres, experimentados y prácticos, le aconsejaban:

— ¿Por qué, en vez de estudiar tanto, no te procuras un destino en el Ayuntamiento?... Si esto no te gusta, ¿por qué no te casas con alguna rica heredera? En esos dos caminos está el verdadero porvenir de los hombres... El trabajar debe ser siempre un último recurso... Hay que saber aprovecharse, hay que ser vivo...

¡Oh desdichado Calamocha!... ¡Justamente por eso, por no querer ser un vivo, has muerto!

El primer invento notable de Calamocha es la *camiseta estimulante*. La *camiseta estimulante*, de uso indicadísimo para invierno, es una prenda interior forrada toda ella con papel de lija, que al natural rozamiento con la piel humana, reanimando la sangre, produce un considerable aumento de calorías, transmitiendo al cuerpo agradabilísima temperatura.

Lógico parece que este invento obtendría favorable aceptación. Sin embargo, competencias bastardas le hacen fracasar de modo rotundo. Los sastres de Madrid, unánimemente, se oponen a

que la *camiseta estimulante* se ponga a la venta, pues si todo el mundo usara la famosa camiseta, cosa perfectamente lógica, esa prenda tan odiosa y antipática que se llama gabán tendría que desaparecer del globo terráqueo... ¡El calor producido por el forro de papel de lija de la *estimulante* haría completamente innecesario el uso de los sobretodos, aun en pleno invierno!

Dolorido, pero confiando en lograr hacer fortuna, al poco tiempo inventó el *anzuelo luminoso*, ingenioso aparato provisto de una diminuta lámpara eléctrica, que se lanza al agua en substitución del anzuelo vulgar.

Opinaba Calamocha, y en ello no le falta razón, que si los peces no pican se debe principalmente a que en la inmensidad del líquido elemento no divisan el trozo de metal cubierto de alimento. Es preciso que los peces, para dejarse coger, vean claramente el cebo, y para esto nada mejor que una luz sumergida llame la atención de los inteligentes animalitos acuáticos.

Sorprendentes resultados proporciona el *anzuelo luminoso*. Calamocha, en una sola noche, consigue pescar con su extraordinario artefacto catorce arrobas de peces en el Jarama.

Pretendió Calamocha, como es natural, patentar su invención, y en el Ministerio de Fomento se negaron a complacerle, alegando que al consentirse la libre pesca con el *anzuelo luminoso*, se corría el inminente peligro de que todos los ríos de España quedaran completamente des poblados...

Abrumado ante tal resolución, Calamocha no se resigna, sin embargo, a que su tránsito por el mundo pase inadvertido, y deseando producir algún bien a sus semejantes, decide dedicar toda su inteligencia a buscar algún procedimiento que evite las numerosas desgracias que en



Dib. SILENO. — Madrid.

los tranvías vienen ocurriendo, principalmente cuando los viajeros apéanse en marcha.

Después de arduos trabajos, cree conseguido su propósito, construyendo un pequeño artefacto titulado *paracaidas tranviario*, o *eltacón salvavidas*, adaptable al calzado, y merced al cual todo individuo que desde el tranvía se lanza queda en el suelo como clavado, imposibilitándole, por tanto, la caída.

Calamocha, sin confiar a nadie su intención, decidió probar personalmente su *paracaidas*, experiencia que, en verdad, dió fatalísimo resultado, puesto que el infeliz inventor encontró allí desgraciado fin, perdiendo en la prueba la existencia.

¡Sí! Calamocha, ignorado, obscuro, ha perecido sacrificándose, víctima de la ciencia!

He aquí, sin embargo, de qué sencillo modo explica el suceso un importante diario madrileño:

«Ayer tarde, al apearse en marcha en la calle de Hortaleza un individuo llamado Calamocha, se estrelló contra una columna del tranvía. El individuo quedó reducido a papilla. La columna no sufrió el más leve desperfecto.»

Luis ESTEBAN



CANCIÓN DOMÉSTICA

¡¡ MI SUEGRA !!

(Esta cancioncita, que continúa la serie que hemos iniciado hace días, para que los lectores que tengan gana canten hasta quedarse roncos, es, como ustedes verán, la amarga queja de un yerno infortunado, que se halla equidistante del suicidio y del atentado personal. La canción resulta de un efecto colosal aplicándole la música del cuplé «¡Mi hombre!» Prueben ustedes, y si aun así no les sale, pueden venir a mi casa, de una a una y diez, y les daré un par de ensayos, completamente gratis, para que les salga.)

Yo tengo un dolor en mi vida
que me la hace muy negra,
¡y es mi suegra!...

Yo no puedo comer ni dormir
sin tener frente
¡a mi suegra!...

El día que yo me casé
se puso mala
¡mi suegra!...

Pero luego se ha puesto tan bien,
que hoy no hay quien mate
¡¡a mi suegra!...

Jamás se case usted,
porque es una prima
tener mujer
si esa mujer
tiene mamá.

¡¡Mamá!!

Se metió en mi casa ya,
y allí se está.
Y además metió al papá,
y a una cuñá,
¡y a una tía de Alcalá
que la razón le da!
De mi sueldo comen toos,
gracias a Dios,
mas mi suegra es lo peor
del comedor...,
y será mi perdición,
¡porque yo la mato...,
no les quepa la menor!...

✂ ✂ ✂

Me dice mi esposa querida
que respete a su madre.

¡Ay su madre!...

Y si chillo, me dice el papá:

«¡Cuidao, Julián,
que ties madre!...»

¡¡Si un día me llevo a cansar
voy a salirme
de madre!...

Y va a haber en mi casa un motín,
pues somos ciento
¡¡y la madre!...

¡Son tres vajillas ya
las que hemos destrozao!

Y sólo yo,
quieras que no,
las he pagao.

¡¡Y usao!...

Se metió en mi casa ya,
y está incrustá...
Y ni Cristo la echará,
pues no se irá.
¡Y aunque se haga una burrá,
no conseguiré nal...
En mi casa lo hace too
mejor que yo,
pues hoy mismo me he enterao
(¡y me ha indignao!)
que se encuentra en cierto estao,
y que el mes que viene...
¡¡la familia habrá aumentao!!

TELÓN... O TALÓN

(Quiero decir que esto lo mismo puede acabar echando la cortina que aplicándole a un servidor de ustedes el talón de una bota en un sitio poco ameno. Sin embargo, espero de la bondad de los lectores y cantores que no ocurrirá lo último. Y si acaso ocurre, ¡qué le vamos a hacer!... ¡Nos rascaremos..., y no volveremos a hacerlo más!...)

NÉSTOR O. LOPE

Dib. MURO
Valencia.

—Yo le asistí en
sus últimos momen-
tos. ¡El pobre no de-
cía más que san-
decés!...

—¡Entonces no
perdió el conoci-
miento!...



Dib. Díaz-Antón. — Madrid.

TRATO CERRADO

EL COMPRADOR. — No doy más que dos pesetas.

EL VENDEDOR. — ¡Vamos, dé usted las tres!

EL COMPRADOR. — ¡Tan..., tan..., tan!...

¡LAS ERRATAS ME VUELVEN LOCO!

por JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Cómodamente sentado en una mecedora bajo la parra de la casa del pueblo (entiéndase de la casa que tengo yo en Valdecojines, a la disposición de ustedes), tragábame con la vista un diario castellano que había llegado a mi hogar tranquilo sirviendo de envoltura a medio kilo de bacalao; y vi tantas y tales erratas en sus columnas (en las del diario), que sería casi una insensatez no reproducirlas aquí para solaz de ustedes, apartando por un momento su atención de los tan acreditados temas referentes a las responsabilidades, a Barcelona y a Marruecos, asuntos todos ellos que tanto amenizan actualmente nuestra preciosa existencia.

Ahí van, pues, unas cuantas erratas, entresacadas de las muchas que *esma-*tan el aludido periódico:

«La esposa del ordinario de Lombri-cera de Abajo sufrió ayer la *factura* de un brazo al ser atropellada por su *curro* atravesando el puente verde.

»El médico del pueblo autorizó a la lesionada para trasladarse a su domicilio, después de haberla *vendido* el brazo.»

«Comunican de Teherán el asesinato del primer ministro de Persia.

»Los criminales le dispararon cinco *toros*, uno de los cuales le atravesó el *plumón*.»

«El ministro de jornada en San Sebastián despachó ayer con S. M. y le llevó dos Reales de Instrucción» (1).

«En Valdelamanga y sus pueblos limítrofes la cosecha de *ciriales* ha sido excelente.»

«En la Dirección de la Deuda se cometió ayer un intento de robo. La *coja* apareció con señales de violencia; pero los ladrones no llegaron a *consumir* el *rabo*, afortunadamente.»

«En muchos pueblos de la región hay *fieras* estos días. Las de Carrasquillos y Valdepetate figuran entre las *fieras* más animadas. El ganado que

en ellas ha tenido más *transiciones* ha sido el de *lona*. También se han vendido a buen precio algunos pares de *maletas* y no pocos *berros*.»

«El *copo* fijado por el ministro de la Guerra para el próximo reemplazo asciende a la respetable cifra de 69 hombres» (1).

«Como continúa la agitación en las cabilas de Gomara, no cesa por ahora el movimiento de nuestras *tripas*.»

En el folletín:

«El marqués no hacía más que *sonar* con ella. Adelaida era para su vecino una verdadera *peladilla*.»

«Nadie se explica el hundimiento de la Cosa Consistorial, pues el edificio se

(1) ¡Oh cajistas ligeros!
¿Por qué os habéis comido los tres ceros?

construyó, hace dos años escasamente, sobre sólidos *pimientos*.»

«Después de arrastrado por las mulillas el sexto toro, soltaron un *sombrero* del duque, cuya piel fué hecha una criba por el sobresaliente de espada.»

«El pastor Antonio Rubio se *calló* en la *exequia* de un huerto de Mejillón, de donde, en brazos de unos arrieros, salió *abogado* el infeliz.»

«Dos vecinos de Villasueta han sido en Madrid víctimas del *termo* de los *pedirgones*.

»Lucas Gómez y su hermana recorrieron cien *callos*, y acabaron por llegar a palacio y asistir a la *parida*, en la que entraban por cierto los zapadores...»

«*Enaguas* del Cantábrico.

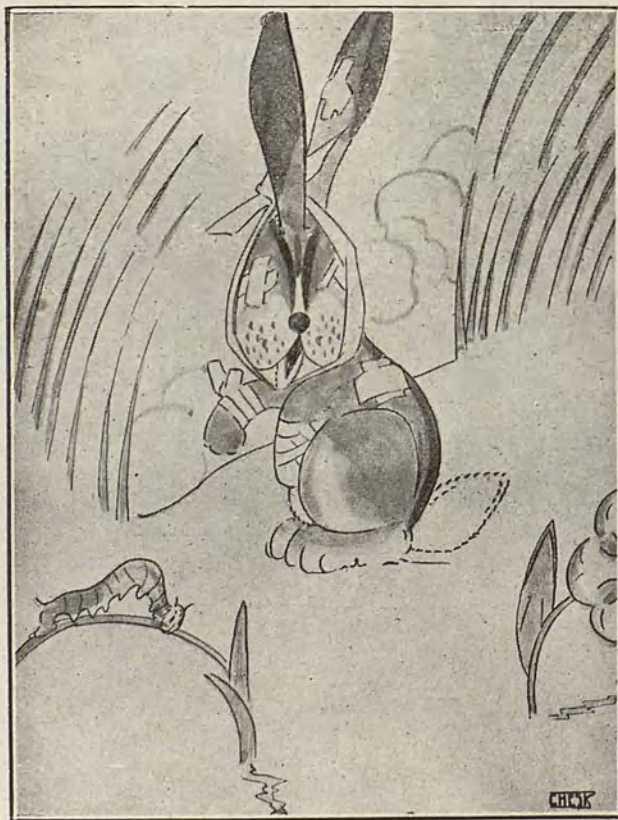
»Nos comunican de Castro Urdiales que han tenido un *coche* dos *novios* que desde Málaga conducían en su seno carbón y aceite.

»La *tribulación* de ambos pudo salvarse.»

Copiaría más erratas, si no temiera molestar a ustedes haciéndome pesado. Pero dejo la pluma con la dulce esperanza de que, si en el mencionado periódico he contado treinta erratas, en otro hallaré noventa.

Y menos mal que se trata de las habidas en lo escrito por otro, que cuando ocurre en lo que fluyó de mi propio serrín craneano sobre las cuartillas... ¡Santa Linotipia me amparel...

Mas no es esto sólo. Cuando aun no se me había disipado la indignación, cojo un semanario de provincias y veo en una de sus planas, dentro de sendos óvalos, dos retratos de iguales dimensiones: uno mío, con ocasión de la salida de mi última novela, y otro de una joven recién asesinada por su novio. Pues bien: al pie de mi efigie aparecía este letrero: «Manuela García, la novia de Rodríguez»; y debajo de la joven degollada, este otro: «Juan Pérez Zúñiga.»



Dib. CHESK. — Madrid.

EL CONEJO. — ¡Me extraña que un solo tiro haga tantas heridas!...

(1) No resultan muy formales los cajistas zurupetos que componen los *dos reales* y se comen los *decretos*.

Su sorpresa fué grande al encontrarse a su esposa levantada y al doctor X allí.

Quiso saber lo que sucedía. Nadie se atrevió a contestar. En tan grave situación, René no tuvo inconveniente en mentir.

— No es nada — dijo —. No se asusten ustedes. Me sentí algo enferma, y su esposa, siempre tan buena, hizo llamar al doctor. Perdone, doctor, que le hayamos molestado a estas horas. Yo creo que esto no tendrá consecuencias. Un poco de tranquilidad bastará para ponerme bien.

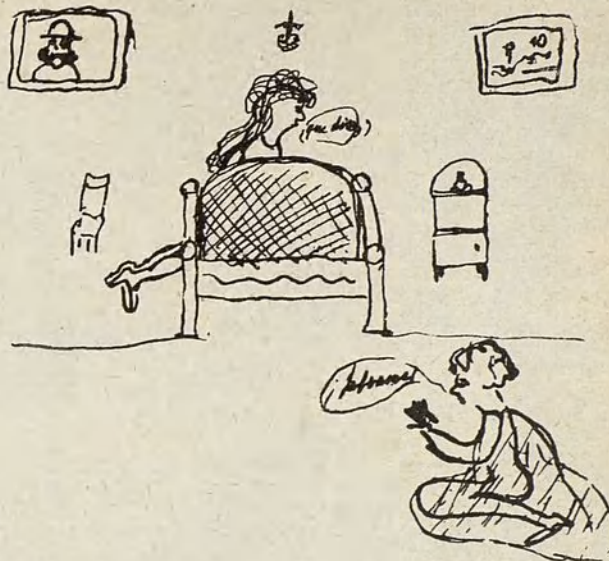
— No — replicó el doctor —. Es preciso que yo recete y que mis órdenes se cumplan. Que la apliquen ahora mismo media docena de sanguijuelas, e inmediatamente después que tome dos onzas de aceite de ricino, y mañana a dieta.

René, temblorosa, pálida, suplicaba que le recetase otra cosa, que aquello le producía un asco atroz. Pero el doctor, en medio de su nerviosidad, creyendo que así disimulaba mejor, insistía en que aquello era el único remedio, y el buenísimo señor H... aconsejaba a René que obedeciese al doctor.

— No me moveré de aquí — decía — hasta que se tome la medicina, y no permitiré que deje ni una gota.

No pudieron seguir. Se oyó una gran carcajada y el ruido de un cuerpo que cae al suelo. La señora de H... era víctima de un ataque de risa.

MARÍA L. DE GUEVARA



CUADROS MADRILEÑOS EN LA VERBENA DE SANTIAGO

— ¡Ole las prendas de lujo!
¡Vaya usted con Dios, princesa!

— ¡Adiós, Apolo!

— ¡Qué rico!
— ¿Yo rica? ¡Ojalá lo fueral!
Sólo tengo un perro chico
que muerde al que me molesta.

— ¿Griffón o setter?

— Es de aguas.

— ¿De Loeches?

— No. De Archena.
— No se sulfure tan pronto,
que mi intención no es aviesa.

— ¡Caray! ¿Es usted maurista?

— ¿En qué lo ha notao?

— En la lengua.
¡Qué bien habla! Por lo visto,
piensa usted ir a la Academia.

— Yo voy donde usted me mande,
y voy a gusto.

— ¿De veras?

Pues vamos pa el Matadero,
que allí mi novio me espera,
y él habrá de despacharle.

— ¿A mí? ¿Qué es su novio, prenda?

— Matarife de lechones.

— ¡Je, je! ¡Donosa ocurrencial!

Luego dice que no es rica...

Tiene que serlo por fuerza.

— ¿Yo?

— ¡Si es acaparadora
de la sal y la canela!

— ¡Eche usted y no se derramel...

Ya estamos en la verbena.

— ¿Quiere usted un churro, encanto?

Enúncieme lo que anhela,

y verá lo apetecido

cuán raudo adquirido queda.

— Muchas gracias; pero *nodo*.

Los churros se me indigestan,

y además vienen conmigo

aquí, en el portamonedas,
dos amigos *amadeos*
que se hacen polvo, si llega
la ocasión, por darme gusto
en too lo que se me ofrezca.

— Disimule mi osadía,
castiza flor verbenera,
y por mis progenitores
juramento que en la oferta
no hubo intención ofensiva
para su honor y pureza.

— Siendo así, está usted indultao;
pero apártese, que quema.

— ¿Dónde va usted?

— Voy en busca
de un *tío vivo*.

— Se la obsequia
con un par de vueltecitas.
Seré dichoso si acepta.

— ¿Aquí, en la *ola giratoria*?

— En donde a usted le apetezca.

— ¡A las tres en punto! ¡Arriba!

— ¡Recórcholis, qué escaleras!

¡Por poco me mato!

— Pollo,

pague y siéntese.

— ¿A su vera?

— No, rico. Ahí atrás.

— ¡Qué lejos!

— Cállese, que el viaje empieza.

— ¡Ay, qué gustol... ¡Qué aircito

tan superior!... ¡Ni en la sierra!

— A ver, la *pluma*.

— Ahí, el pollo.

— ¿Cuánto vale?

— Una peseta

los dos viajes.

— Tome un duro,

pues no tengo suelto.

— Venga.

Luego le daré a usted el cambio.

— Es igual.

— ¡Que me molesta!
¡No se echa encima el amigo!

— Usted perdone, gacela;
pero no sé, me parece
que se me va la cabeza.

— Y las manos. ¡Caracoles
con el tío! ¡Cómo aprieta
y cómo se agarra!... ¡Suelte,
que le atizo dos chuletas!

— ¡Ay, joven!... Yo me indispongo...

— ¿Con quién?

— Con la olita esta.

¡Que paren, por Dios, que paren!

Que el mareo ya comienza,

y no quiero que se enteren

de que he comido lentejas.

No veo... ¡Favor!... ¡Socorro!...

— ¡Antonio, para la rueda,

que un pollo hinca el pico!

— ¡Gracias!

— ¿Se pasó? ¿Qué tal se encuentra?

— Un poco más aliviado.

Creí perder la existencia.

— Pues no ha perdido usted nada.

— ¿Y el duro?

— ¿Cuál?

— ¿No recuerda?

El que le di hace un momento.

— ¿A mí?

— Sí, señor.

— ¡Arreal!

¡Cómo se nota que el pobre

ha perdido la chaveta!

A mí no me dió usted nada.

— ¡Qué cinismo! ¡Me lo niega!

¡A ver, guardias!... ¡Guardias!... ¡Pronto!

— ¿Dónde llaman?

— Aquí, vengan.

— ¿Qué es lo que ocurre?
— A este hombre yo le di cinco pesetas para pagarle, y ahora se quiere quedar con ellas y conmigo.

— No hagan caso. Aquí el señor tergiversa los términos. Lo que pasa es que...

— ¡A la Comi toos, ea!
— ¿Pero va usted a detenerme por hacer una obra buena?

— ¿Una obra buena le llama a cobrar por lo que cuesta cuatro reales, veinte?

— ¡Pero si explicarme no me dejan!

¡Cierto que él me dió a mí un duro, y le iba a dar lo que resta, cuando con tales mareos le vi, que paré la rueda y me guarde el laureano pa que el pobre se pusiera mejor, y me lo agradece pidiendo que me detengan! ¡Así es el mundo!

— Pues déle la vuelta del duro.

— Crean que lo haría; mas no puedo. Es un deber de conciencia. A los hombres mareaos, no se les puede dar vueltas.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE



Dib. ELÍAS DÍAZ. — Madrid.

— Pero usted, Pflüger, que sólo hace dos meses que llegó de Prusia, ¿cómo va a escribir versos en español?

— ¡Oh!... Es que yo ser ultraísta.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL "CABARET"

En vista de la gran cantidad de amigos que me saludan ostensiblemente desde las ventanas de los llamados *cabarets*, creo que debo hacer mis declaraciones acerca de esos antros de vicio, donde el mal flota en el pesado ambiente y el diablo acecha desde detrás de las columnas de mármol imitado.

Soy enemigo del *cabaret* porque tengo el convencimiento de que no existe nada tan aburrido sobre la tierra.

El *cabaret* es una sugestión.

El hombre que allí entra, como sabe

que es aquél un lugar execrable en opinión de las personas formales, se percata de su papel de hombre depravado.

Ocupa una butaca. El *cabaret* está tristísimo; pero se nota un perfume de pecado nefando. Nuestro hombre, que lo comprende así, llama al camarero y le pide algo exótico, una bebida transatlántica y complicada que se chupa con paja. Los transeúntes, al verle tras las ventanas, sentirán horror y un poco de envidia... Aquello que liba nuestro hombre, tiene algo de licor infernal.

Después de chupar dos o tres veces se dedicará por entero a contemplar los brazos desnudos de una dama que bebe jerez, diciéndose:

— Esa mujer es una *de ésas*. Está cerca de mí. Su perfume barato nos envuelve. No hay nada tan atrevido como un *cabaret*. Verdaderamente, yo soy un hombre pervertido, pervertidísimo. No sé ni cómo puedo soportarme... Y también soy un vicioso, sí, un vicioso. Daré dos chupitos más a *esto*. ¡Ay! ¡Me desprecio! ¡Soy un ser encanallado! Bueno, ¡tanto como encanallado...! Éra un decir. Alegre, alegre nada más. ¿Cuánto es esto, mozo?

— Una veinticinco.

El hubiera marchado; pero siente el deseo de preguntar al camarero:

— Oiga usted, ¿cómo se llama *aquella*?

— ¿*Aquella*? La llaman *la Tacones*.

Al salir, un botones le abre la puerta.
— ¡*La Tacones*! ¡Qué barbaridad! Da un poco de miedo... ¡Hombre! Esta noche, *souper chino*... ¡Si me dejaran salir de casa! ¡Puff! ¡Soy el más abyecto de los hombres!... ¿Es aquél Rodríguez? ¡Sí, sí! Me habrá visto salir de *ahí*, y lo irá contando por todas partes.

Después, una asociación de ideas, para volver al mismo tema.

— ¡Si pudiera enterarme dónde venden esos cigarrillos largos que fumaba *aquél*...

Esto es lo que, entre otras cosas, pasa en el *cabaret*. Allí están todos muy serios, divirtiéndose formalmente. Las pobres chicas del *cabaret* están sentadas y hablan en voz baja. Alguna vez se ríen estrepitosamente y llevan su papel de perversas hasta el punto de abrazar a su compañero delante de todo el mundo. No pasan de ahí. Ni siquiera se suben a las mesas ni tiran botellas por el aire. Sólo tienen un *cliché*, y lo repiten de un modo rutinario y aburrido.

Emborracharse, lo que se dice emborracharse, no es cosa acostumbrada. Se bebe poco. Por lo general, nadie rebasa las dos pesetas de consumición.

Sería desconsolador conocer la estadística de las botellas de champán que se sirven en todos los *cabarets* durante un año.

Si alguien lo pide, procura hacerlo en voz alta, como si dijese:

— ¡Yo tengo diez duros!

La gente se sube a las sillas y se agolpa para verlo bien.

Yo he visto una noche, en casa de Juan, el asombro de los camareros cuando uno de ellos se acercó al mostrador y gritó:

— ¡Dos de la Viuda, secol!

Los circunstantes se miraron estupefactos. Cuando el camarero, con voz temblorosa, demudado, trémulo, añadió:

— ¡Un cubo de hielo!

aumentó el desconcierto y el encargado lanzó una carcajada sardónica.

¡Había enloquecido!

José LÓPEZ RUBIO



Dib. URIBE. — Madrid.

— ¿Qué darías por tener el pelo de un rubio tan bonito como el mío?

— ¡Oh!... No sé. ¿Tú cuánto diste?

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIADO

XXXVII

Nuevamente, y por millonésima vez, el alegre y confiado París tiene el alto honor de contarme entre sus huéspedes más ilustres. No se lo he dicho a ustedes antes porque me había molestado con algunos lectores que se permitieron dudar de que yo hiciese tan crecido número de viajes y hasta afirmaron que mis crónicas las elaboraba yo en la calle de la Arganzuela, 14 duplicado, y tenía después la avilantez de fecharlas en París, con el fin de darme pisto y de dárselo a BUEN HUMOR, sin que ni BUEN HUMOR ni un servidor alojásemos un cuarto en trenes, hoteles, restaurantes, propinas a *cicerones*, billetes de teatro, tranvía, Metro, *fiacre*, autobús, auto sin bus, etc., etc.

Sin embargo, nada más injusto que esa sospecha de los lectores escamones. Un servidor es un hombre serio, y cuando dice que está en París es que está. BUEN HUMOR es un periódico que no repara en gastos cuando se trata de servir a su distinguida clientela, y no digo a París, a la Cochinchina o mucho más allá mandaría a un colaborador si eso podía hacer reír a los favorecedores del periódico. Y por lo que a mí respecta, estoy decidido a dar la vuelta al mundo

a pie y sin dinero (que es mi manera habitual de andar por ahí) con tal de contribuir a que la ilustración de mis lectores se haga vastísima, enciclopédica, gigantesca, hebdomadaria, heterogénea y universal.

Por tanto, juro solemnemente por la gloria de mi bisabuelo, por el talento de Romanones, por el amor de Loreto y Chicote, por la elegancia de la mamá de *Chelito* y por la gracia de Muñoz Seca (que son las cosas más transcendentales de España y Portugal), que escribo esta crónica desde París, que todos los chismes que he contado y todos los que voy a contar son más ciertos que la afirmación que se está haciendo de que se va a castigar a los responsables civiles de la trapatista de Melilla, y que BUEN HUMOR ha pagado siete mil francos y yo he quedado a deber unos dos mil ochocientos porque ustedes se den el sabroso gustazo de conocer París a fondo sin necesidad de hacer la maleta, gastarse el dinero en una excursión y tener que aprender el francés de prisa y corriendo para no quedar en ridículo en la *rue Pergolèse*, en el *bulevar des Italiens* o en las demás calles, callejuelas, plazas, plazuelas, paseos públicos y puntos reservados que tiene París...

Para que ustedes se diviertan (y no para divertirme yo), he visitado teatros, *cabarets*, almacenes, museos y evacuatorios subterráneos. Para que ustedes se solacen (y no para solazarme yo, que soy más casto que José y que Casimiro Ortas), he aceptado el amor volcánico de algunas francesillas tiernas que se me pusieron de hinojos, pidiéndome con absoluta urgencia o el sí o un kilo de arsénico, a elegir. Solamente por hacer un chiste que les hiciese a ustedes gracia me fui sin pagar del *Grand-Hôtel*, cosa que a la Sociedad explotadora no le hizo gracia ninguna, lo cual me contrarió, porque yo creí que la tenía...

Y como esto es un cúmulo de sacrificios que no todo el mundo es capaz de llevar a cabo, exijo que se me tome en serio, que se me agradezca la buena voluntad y que se me crea a pie juntillas aunque diga que un burro vuela..., afirmación que no puede ser mentira en estos felices tiempos en que un político que yo me sé ha subido en aeroplano y en que otros correligionarios suyos piensan subir un día de éstos...

XXXVIII

En el hotel donde en la actualidad me hospedo, y a los dos días de mi llegada, han tenido el elegante rasgo de poner en la puerta un rótulo que dice: *Se habla español*.

Es verdad. ¡Para qué lo voy a negar! Se habla español, sí, señores...; pero es porque lo hablo yo.

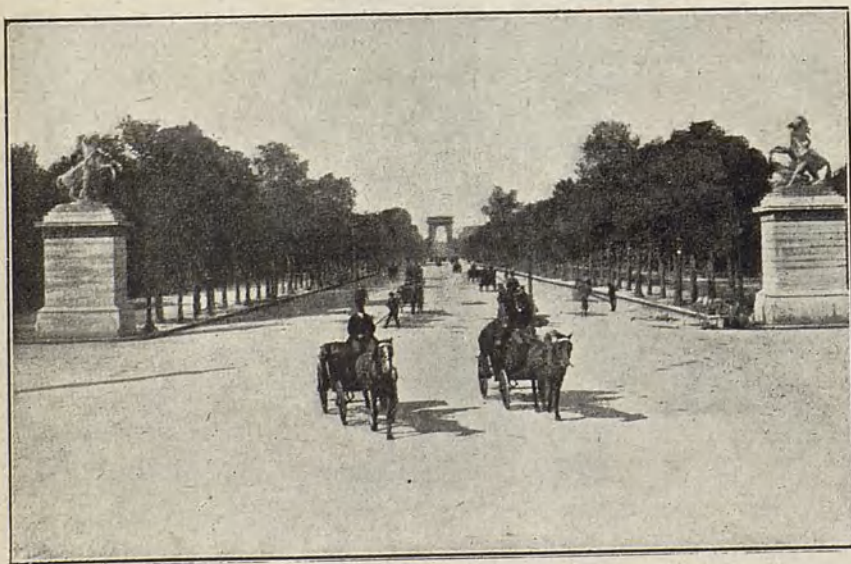
Pero cuando hablo en español no me entiende nadie.

Y cuando hablo en francés, tampoco.

XXXIX

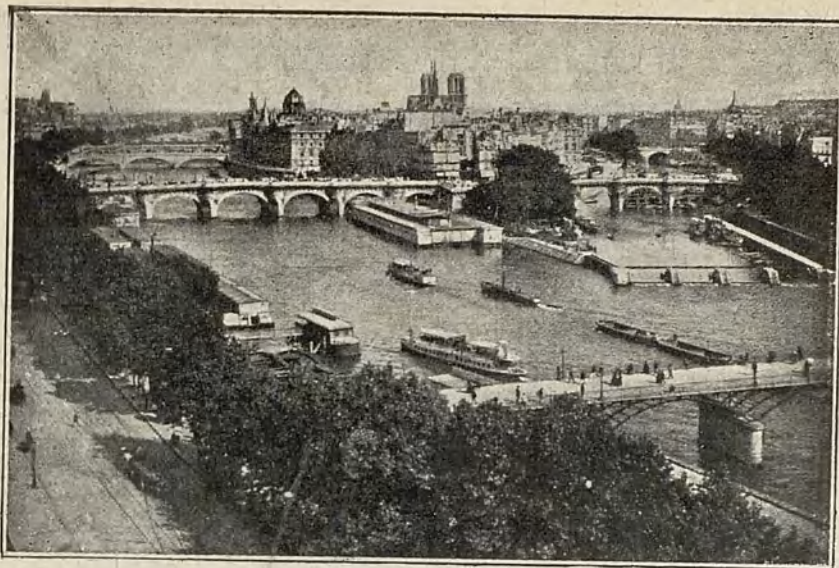
Ayer tomé el Metro en la *rue Botzaris*, con el laudable fin de llegar en media hora, y sano y salvo, si era posible, a la *place Pigalle*.

Hay que advertir que aquí el Metro tiene dos clases, primera y segunda, y que en las estaciones hay un espacio destinado a los viajeros de primera, para que no se entremezclen con los demócratas y puedan tomar el tren cómodamente. Yo, ignorante de este extremo, me situé donde me lo pidió mi cuerpo, que fué precisamente al lado de una distinguida señora que, por suerte mía, reunía las siguientes voluptuosas condiciones: unos tres o cuatro años más de edad que el general Weyler, cuatro o cinco centímetros más de nariz que el Sr. Sánchez de Toca, una cojera ligeramente más acentuada que la del se-



LOS CAMPOS ELÍSEOS

Popularísima vía pública de París, famosa por la enorme cantidad de coches, autos, motos, ciclos, ómnibus y paseantes que la surcan. Esta fotografía, que parece dejarme por embustero, en realidad no me deja, porque fué tomada un día en que había huelga de cocheros, chauffeurs y conductores de autobuses. Esos poquitos aurigas que ustedes ven son esquirolas, y como sindicalista de cepa, declaro que son unos sinvergüenzas, aunque no tengo el honor de conocerlos.



PANORAMA DE «LA CITÉ»

Esta espléndida fotografía les muestra a ustedes el preciso sitio en que el Sena se parte por gala en dos y deja en medio a la célebre isla vulgarmente llamada La Cité y aristocráticamente llamada lo mismo.

En esta isla habitan algunos conocidos literatos que no tienen una perra gorda ni para ladrar en la escalera, y a los cuales llama la chulería de aquí bocas de la isla.

Se encuentra además en La Cité la famosísima iglesia de Notre-Dame (en castellano, Nuestra Señora, y si hablamos con educación, muy señora nuestra).

También estaba hace años el divertido lugar de espárcimiento denominado La Morgue; pero ése se ha mudado, sin dejar las señas de su nuevo domicilio.

ñor conde de Romanones, una barba un poquito más corrida que la de D. Antonio Maura, y una cabellera blanca, pero algo menos abundante que la del Gallo. ¡¡Una preciosidad, en fin!!...

Ni que decir tiene que me puse a hacer consideraciones sobre la tradicional belleza y exquisita espiritualidad de las mujeres parisenses, hasta que llegó el Metro y quise lanzarme de cabeza en un vagón huyendo del conmovedor espectáculo que me ofrecían los encantos de la dama.

¡Vano intentol!...

Un empleado que iba en el coche me puso peor cara que si le hubiera dicho que Tánger tenía que ser español, y me detuvo bruscamente, como si hubiese adivinado que yo llevaba billete de segunda.

— ¡Deje paso a esa señoral — me vino a decir —. ¡Usted tiene que montar en ese otro cochel!

— ¡Perdón! — dije yo, tanto por decir algo como porque es una de las cosas que yo digo mejor en francés.

Y el feroz empleado, implacable, insistió, señalando a la señora:

— ¡¡Esta señora es de primeral!

Pero ante tan insólita aseveración, no pude, no quise, no me dió la gana de resistir al deseo de explanar mi protesta, y grité con toda la fuerza de mis pulmones, que, por desgracia, no es mucha:

— ¡¡¡Que tu te crois çà!!!...

Realmente, se necesita tener el patrio-

tismo de los franceses para decir en serio ciertas cosas y defender al compatriota de esa manera.

En Madrid, a una socia como la que nos ocupa, no la dejarían salir a la calle, y si por casualidad salía, tendría que ir custodiada por la Guardia civil.

Y la misma Guardia civil correría peligro.

XL

En este momento estoy cenando.

El lugar del suceso es un restaurante de cierto lujo apellidado *taverne Mazarin*. No se alarmen ustedes por lo de *taverne*, porque en París comer en la *taverne* no es lo mismo que comer en la *taverne* en Madrid.

Me han servido un *potage*. Quiero decir, una sopa. En París tampoco es comer un *potage* la misma cosa que comer un *potage* en Madrid. Además, hay una ligera diferencia de ortografía: el *potage* de Madrid es con jota, y el de la *taverne Mazarin* es con *jazz-band*...

Después de la sopa me han traído unos huevos al plato..., y yo me los he llevado del plato a la boca..., y luego me han servido unas espinacas a la *crème*, sustancia que, no sé por qué, me parece que sería de prodigiosos resultados para limpiar el calzado.

Pero, en fin, el caso es que yo he deglutido los huevos y me he trajelado las espinacas con un apetito lapidario.

Y a propósito. ¿Ustedes gustan? Porque ahora me doy cuenta de que no les había dicho nada.

Después de los huevos y de las espinacas ha habido algo que merece un comentario más amplio: he tenido la humorada de pedir riñones, porque los he visto en la lista anunciados con letras gordas, y he pensado que sería cosa digna de verse.

El menos entendido en cuestiones de cocina se figurará que en París, lo mismo que en Madrid, para hacer el plato de riñones a que me refiero, se necesitarán riñones.

¡Pues no, señores!

En París para lo que se necesitan riñones es para comerse el plato susodicho.

¡Es cosa espantosa, queridos amigos! Los riñones son gigantescos, duros, un poco pestilentes, una mijita parecidos en sabor a nuestras gallinejas del puente de Toledo, y además carísimos. Se comprende que estarán mucho mejor dentro del animal a quien pertenecen de derecho que dentro del estómago del animal que los haya pedido (y que es un servidor, para lo que ustedes gusten mandar).

Debo añadir que además los que yo me estoy comiendo a durísimas penas saben malísimo, y por la sonrisa mefistofélica que me dirige el *garçon* sospecho que en la *taverne Mazarin* saben muy bien que los riñones saben muy mal....

Pero el valor es ciego. Con la ayuda de Dios Nuestro Señor me los he comido todos, porque para eso los he pagado; y por vía de precaución he pedido bicarbonato y he brindado a *mi salud*...

Y de paso a la salud del animal a quien pertenecían los riñones, de la cual he dudado mucho en el transcurso de mi comida...

XLI

En realidad, para hablar de lo que pasa en los restaurantes parisenses hace falta, no un artículo, sino un tomo, cuyo tomo podría titularse: *Tomo lo que me dan los camareros, porque no tengo más remedio y porque no hay otra cosa*.

Y no digamos de los precios que alcanzan los platos. Anteayer mismo, en el *restaurant Larue*, se me ocurrió pedir un pollo, y al tratar de inquirir su valor, se me dijo que me costaría cincuenta francos.

— ¡Cincuenta francos por un pollo? — hube de replicar estentóreamente —. ¡Non, monsieur!... ¡En España, cuando se dan por un pollo cincuenta pesetas, tienen que ser mensuales; y además se le exige al pollo mecanografía, inglés, título académico y fianza...

ERNESTO POLO

París. — Café Brébant. — Julio.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

NOTICIA INEXACTA

Lo hemos leído en los periódicos y no nos atrevemos a creerlo. La noticia, en general, tiene todos los caracteres de una broma, y de una broma de mal gusto, por añadidura.

Nosotros hemos considerado siempre al infatigable, al inenarrable Muñoz Seca como un hombre capaz de todas las audacias en el orden teatral. Tiene una historia brillantísima en ese sentido, y negarlo, o tan siquiera ponerlo en duda, parecería insensatez, y fuera desde luego cosa de mala voluntad; pero lo que hemos leído, y las circunstancias

que en el hecho concurren, y los fines que se persiguen, sobrepasan todos los límites de lo que se acostumbra.

Habrán ustedes imaginado que nos referimos a una comedia nueva de Perico Muñoz Seca. Y, en efecto, de eso se trata.

La comedia nueva — repitamos otra vez el origen de la noticia: los periódicos — se estrenará, Dios mediante, en el teatro de la Infanta Isabel. Y se llama...

La pluma se resiste a reproducir el título. Más que por el título, porque si lo estampamos nos faltará la necesaria serenidad para omitir el resto.

Antes de lanzarnos a la aventura, será preciso tomar toda clase de precauciones, insistir de nuevo en que no inventamos nada, pedir perdón por lo que digamos, asirnos fuertemente a nuestras primeras palabras de que creemos que se trata de una broma, y de una broma de mal gusto, por cierto.

Y... ¡adelante! El Hacedor nos coja confesados.

La comedia se titulará *Dora, la bestia*. ¿Eh? ¿Qué tal?

Pues añaden los periódicos que la obra tendrá un papel hecho ex profeso para determinada artista que debuta en el verso, que es muy guapa y que es popularísima...

¿*Dora, la bestia*, y con un papel a la medida? Son ganas de injuriar a la gente.

Si esa artista fuese de nuestra familia, afirmaríamos con toda solemnidad que no estrenaba la comedia nueva del simpático Muñoz Seca.

PREGUNTAS INDISCRETAS

Uno de esos hombres de mala fe que andan por el mundo, y a quienes les gusta hacer preguntas indiscretas, nos escribe atentísima carta, y somete a nuestro juicio las interrogaciones que siguen:

«¿Por qué se llama *Vivir* el drama que ha estrenado el gran López Alarcón en el teatro Cómico? ¿Por qué, puesto que mueren los protagonistas, no se ha de titular *Esto es morir*? ¿No cree usted que, con el calor que hace en el teatro de la calle de Mariana Pineda, estaría mucho mejor lo que yo le propongo?»

Nosotros, desde luego, no entramos ni salimos en el asunto. Limitamos nuestra actuación a trasladar las preguntas «a quien corresponda».

NUEVAS COMEDIAS EN ENSAYO

Al referirnos el pasado domingo a las comedias que nuestros más conocidos artistas ensayan activamente, omitimos los siguientes nombres y títulos:

Rosario Pino, *La vida es sueño*.

Irene Alba, *El cabo primero*.

Paco Meana, *El rebaño*.

Luis de Llano, *El alcalde de Zalamea*.

Manuel F. Somera, *Don Juan Tenorio*.

El barítono Iglesias, *El Tenorio musical*.

José Ortiz de Zárate, *El ojo de cristal*.

Vicente Mauri, *Los borrachos*.

José Bódalo, la misma.

Vicente Videgain, la misma.

Y el actor Valbuena, *El pobre Valbuena*.

Y no va más por hoy, caro lector.

José L. MAYRAL



Dib. MICIANO. — Sevilla.

EL COJO. — ¡Canallas!... ¡Bandidos!... ¡Me han partido la buena!...

EL GUARDIA. — ¿Cómo la buena?

EL COJO. — Sí, guardia; la de caoba.

VIVIR...

TEATRO
COMICO
DRAMA
de

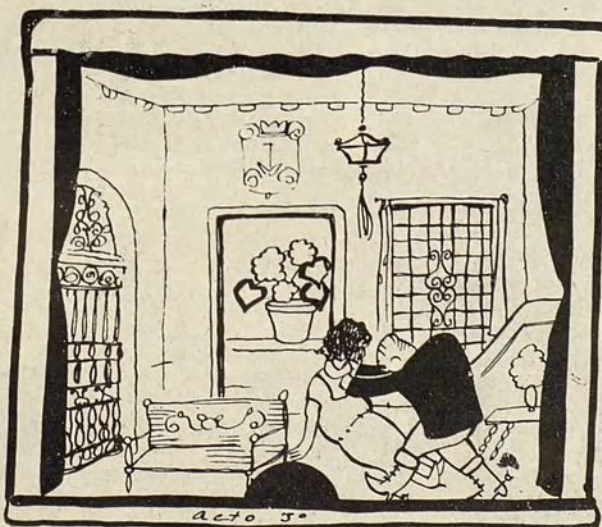
López Alarcón



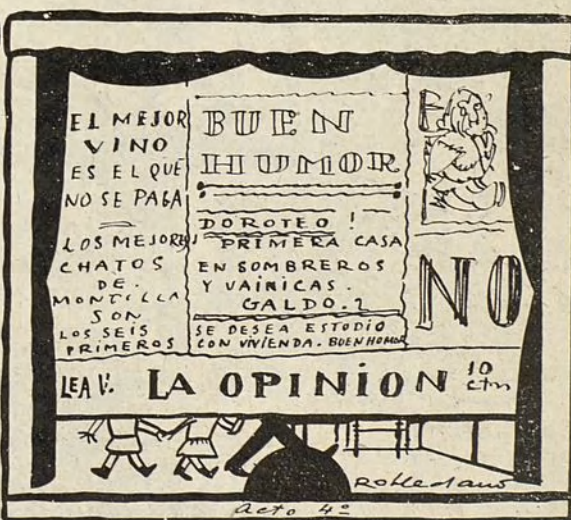
Cuenta la historia Carrizo
de como el gran Juan Ramón
su enorme fortuna hizo.



Ahora te vas a acostar
Para poder madrugar
Desde mañana al cortijo
a beber agua en botijo



Juan Ramón a Ana María
la suprime de la vida!
Mientras tanto el seductor
salopa a mas y mejor!



Suena un tiro
Ha terminado!
Juan Ramón se ha suicidado!

EL ÚLTIMO ESTRENO, por ROBLEDANO.

TITIRIMUNDILLO

Un periódico publica la fotografía de dos muchachas casi desnudas, poniendo como epígrafe: «Dos bellas veraneantes en Deauville.»

¿Veraneantes en Deauville?... ¡Veraneantes en pelota ha debido decir!...

Hay 40.000 vecinos en Madrid que carecen de agua.

¡Pues es una porquería! ¿Está la cosa clara?

¡Mucho más que el agua que no tienen!

Entre deportistas.

— ¿Qué es ese chichón, Polito?

— Una patada del portero.

— ¿En algún goal reñido?

— No; en una discusión en el portal de casa.

— Se ha estrenado el drama ¡Vivir!
— ¿Cómo lo acogió este público de verano?

— Pues como de verano: con calor.

— ¿Ha leído usted la discusión en el Senado acerca del agua?

— Sí.

— Y ¿qué ha sacado?

— Un reuma.

— ¿Y su marido? No hay quien le vea.

— Desde que han empezado estos calores está constantemente con los del tercio.

— ¿Hablando de Marruecos?

— No; bebiendo. Son tercios de cerveza.

— Estoy verdaderamente contento con el último proyecto del Gobierno.

Ya sabe usted que mi mujer es de armas tomar.

— Sí. ¿Y qué?

— Pues que ahora tendrá que ser de armas dejar.

— De modo que el señor Celedonio...

— Dándose una vida estupenda este verano. Está en la sierra.

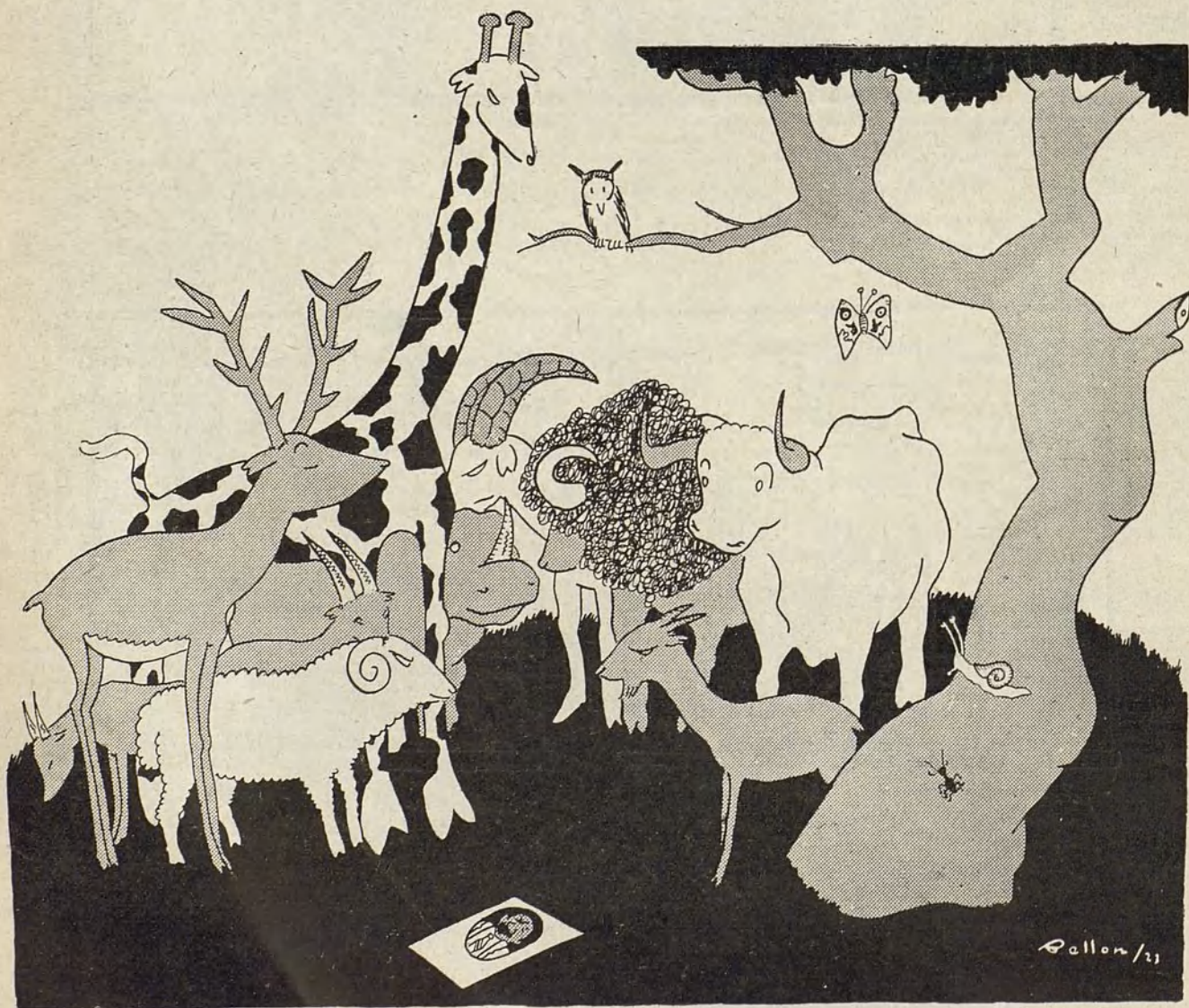
— De turista, ¿eh?

— No; de carpintero. Es que el maestro le ha pasado a que trabaje en la sierra.

— Los moros volverán a su actitud rebelde cuando termine la Pascua del carnero.

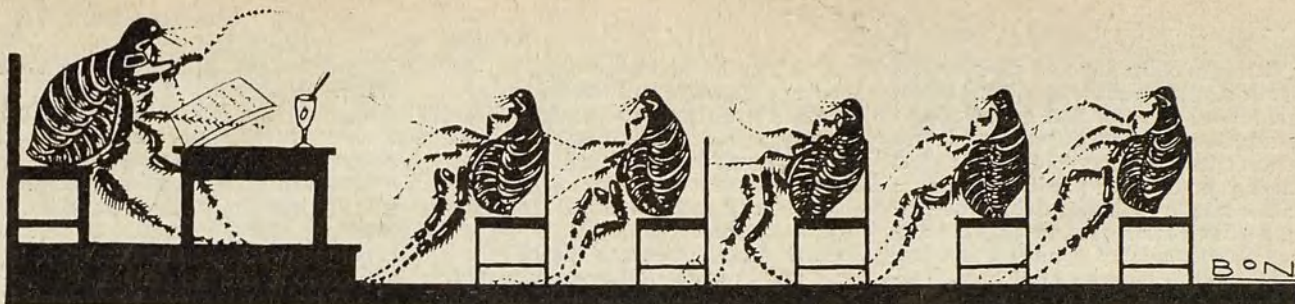
— ¿Entonces la de ahora...?

— Es otra actitud que han adoptado, como se trata del carnero, a ver si topa.



— Bueno; y nosotros ¿cómo nos vamos a enterar cuando nuestra hembra nos la pegue?...

Dib. BELLÓN. — Madrid.



MEMORIAS DE UNA PULGA

NOVELA, POR J SAN GERMÁN OCAÑA. — ILUSTRACIONES DE BON

(CONTINUACIÓN)

Sin ir más lejos, mi madre tuvo un primo hermano que era una pulga decantísima y culta; pero a partir de un día cualquiera iba siempre embriagado a su casa. Empezó a dar malos tratos a su esposa, mi tía, honesta y educada si las hay, y se pasaba las noches sin acostarse en su lecho. Daba pena verlo al mes de tal vida: delgado, temblón, haciendo eses al saltar... Y una mañana, enloquecido, en un ataque de *delirium tremens*, se arrojó de cabeza por la taza de un *water-closet*.

Luego se comprobó que mi pobre tío se había aficionado a picarle a dos carrillos a un sereno que se emborrachaba todas las noches hacía treinta años, y que había llegado a la completa saturación alcohólica. ¡Claro, mi pariente, en vez de sangre, sólo extraía alcohol puro de la piel del hombre borrachol! Otro conocido nuestro, joven y con mucho partido entre las pulguitas casaderas, estableció su despensa en el colodrillo de un veterano general inválido de la guerra de Cuba..., ¡y por ahí anda el infeliz pulga arrastrando sus seis muletas, con un reuma articular que no tiene remedio! Porque el viejo militar, imposibilitado en su sillón de vaqueta, no tenía en las venas más que ácido úrico.

Es evidente, pues, que todo parásito debe poseer algunos rudimentos de anatomía y de profilaxis para operar con ciertas garantías en orden a la conservación de su salud y la de sus hijos. Mi madre, en este respecto, era una empírica, debido a su gran experiencia. Había viajado mucho por Europa, Africa y América, y es notorio que nada instruye tanto como los viajes. La lección que hubo de explicarme aquel día se dividió en dos grupos. Primero: *Fuente de alimentación*. Para un parásito de la especie de *Pulex irritans* el sujeto era siempre la persona de raza blanca, cuya piel no es fétida. Dentro de este grupo, cada pulga, según su temperamento, su educación, sus gustos y el ambiente en que se hubiera criado, escogería la edad y el sexo de su víctima. Nos estaba

prohibido por las Escrituras crisalíticas promiscuar con sangre de cerdo, perro, gato o persona de raza de color, manjar repugnante sólo destinado a las pul-

gas de las especies denominadas *canis. niguas, tilkus* y otras muchas, consideradas todas como inferiores a la nuestra en la escala social.



El segundo grupo comprendía la *Calidad de la alimentación y normas generales del trabajo*. Este enunciado lo desarrolló mi madre, para que mi tierno entendimiento lo comprendiera bien, con claras y precisas disquisiciones acerca de qué sangre es la más dulce y nutritiva, y qué epidermis es la más fácilmente perforable por los agudos filamentos aserrados que tenemos en la boca. Desde luego era prudente desdeñar a los viejos: su piel es dura y de escaso jugo. Tampoco era apetecible la sangre de los niños: es poco rica en glóbulos rojos, y además suele estar su piel impregnada de grasillas ácidas por efecto de incontenibles secreciones fisiológicas. La mejor fuente de alimentación para una pulga era la juventud, y de ésta había que preferir, como menos expuesto a peligros, a las muchachas en presencia de sus novios, porque son las que más resisten las picaduras sin rascarse, aparte del incentivo de su piel fina, tersa, cálida y perfumada...

Aun añadió mi madre algunos pormenores interesantes relacionados con ciertas precauciones de carácter higiénico, lugares del cuerpo más a propósito para nutrirse, y otros que en la confusión de tantas ideas nuevas como me asaltaban escaparon a mi retentiva. Más tarde, en las mil tribulaciones que me han salido al paso, he pensado muchas veces en aquella lección, y siempre he podido confirmar la cantidad de observación y de mundología que supo atesorar aquella santa pulga en el calvario de su vida errante.

Cuando acabó de instruirme me mandó a jugar al parque. Ella quedó arreglándose las uñas con el *polisoir*, sin darle extraordinaria importancia a mi turbación. Por lo visto, mi caso era algo muy corriente. Sin embargo, yo no sabía bien qué pasaba en mi interior. Acostumbrada a recibir el alimento de la boca materna, me aterraba la idea de correr una aventura erizada de dificultades. Salí al cuarto de baño entonte-

cida, hablando sola, con las antenas bajas... El balón corría libre por el linoleum, pero no podía alcanzarle. Mis saltos eran torpes y breves. Las tres patas del lado del corazón estaban tan nerviosas que no se movían al compás de las tres opuestas, y sufrí tres o cuatro caídas. En una de ellas me levantó un pulguita vecino, simpático, rubio tostado como la corteza del pan.

Le di las gracias y le interrogué, intrigada:

— Oye, Miltu... ¿Te alimentas tú solo ya?

— ¡A ver qué vida! — contestó muy serio —. Somos cinco hermanos, y mis padres no tienen buche para todos. ¿Y tú, Tolita?

— Yo — le dije, sonriendo de orgullo —. Yo voy a empezar esta noche. ¿Y qué se hace, dime?

— ¡Otra! ¡Picar! ¡Qué se va a hacer!... Intentaba yo satisfacer mi curiosidad con otras exploraciones, cuando Miltu, de repente, me preguntó:

— ¿Es verdad lo que dicen en el barrio de que eres hija de un demonio?

Yo me eché a reír inocentemente de aquella ocurrencia. Pero mi madre, que había oído la pregunta, salió con las antenas crispadas y el vello hirsuto, me cogió de una pata delantera, y escupió con rabia y con desprecio junto a mi amiguito, al mismo tiempo que murmuraba:

— ¡Qué peste de vecinos maleducados! Vamos, Tolita. ¡A casa!

El viejo sofá de cáscara de alpiste crujía poco después bajo las convulsiones y los hipo del llanto de mi madre.

Yo, sentada en la alfombra de cucaracha de Córdoba, la miraba, sin comprender...

V

Sonora y pausadamente, el reloj del comedor vibraba en toda la casa.

— Prepárate, Tolita. Hay que tener ánimos — dijo mi madre, mientras se daba frente al espejo la última mano de polvos —. Son las doce. La marquesa estará ya dormida. No olvides taparte la boca al salir, que hace fresco.

Era la primera vez que yo salía de noche. La oscuridad, aunque densa, no era completa para nuestros ojos, condicionados para ver en las sombras. El silencio, absoluto. Yo no sentía otro ruido que el de mi corazón tableteándose en el pecho, agitado y cobarde. Salimos del cuarto de baño y enfilamos el largo pasillo, cuya parte central cubría en toda su longitud una franja de alfombra de moqueta. Mi madre me recomendó reiteradamente que la siguiera de cerca, sin apartarme más de dos centímetros de la pared, precaución que no debería olvidar nunca, a fin de evitar las trágicas sorpresas de las pisadas de las personas. Más de una imprudente compañera suya había perecido víctima del pesado rulo humano.

(Se continuará.)





Dib. ARISTO TELLEZ. — Madrid.

— ¡Yerno de mi alma, qué hermosa luna de miel vais a pasar en San Sebastián!... ¡Quién estuviera en el pellejo de mi hijo!

ARMAS CORTAS Y MANOS LARGAS

LOS CIUDADANOS PIM, PAM, PUM

(TITERERÍAS DE PARALELONIA)

EN EL CAFÉ-BAR

CIUDADANO PIM (a sus dos compañeros, con los que está incorporándose una langosta). — Oye, tú, mirar allí enfrente, a aquel escaparate en que hay un abanico de esos de toros... ¿Qué es lo que vis?

CIUDADANO PAM. — ¿Qué es lo que vemos, Pum?

CIUDADANO PUM. — ¡No lo sé, redéul! ¿Qué es lo que vemos, Pim?

CIUDADANO PIM. — ¡Estáis ciegos! ¿No veis el redondel del abanico, hecho de anillos de colores? ¿No veis delante, mismamente casi en el centro del redondel parado y vuelto hacia acá, al ciudadano Blanch, el fabricante de tapones, con sus barbas blancas y su traje todo blanco? ¿No está diciendo apun-tarme?

CIUDADANO PUM. — ¡Toma, pues di que sí! ¡Pero que talmente parece un tiro al blanco! ¡Ea (empuñando una pistola), voy a espantarle el bicho que tiene en el Panamá!

CIUDADANO PIM. — ¡Quieto, Pum! Pro-cedamos congrua y mancomunadamen-

te. ¿A qué estamos, tuerta? A aportar cumquibus al procomún individual de cada cual, ¿no es eso?

CIUDADANO PUM (a ciudadano Pim). — ¡Es que habla que atonta, chico! ¿Tú has oído? (A ciudadano Pim.) Empál-mate.

CIUDADANO PIM. — Pues bien: ¿por qué nosotros no hemos de hacer, como la ruincracia, nuestra Fiesta de la Flor al respetive? ¡A ver, Pum, tu star! ¡Coge la tuya, Pam! Vamos a poner desde aquí mismo nuestra flor roja en las solapas del gran ciudadano Blanch, que las pa-gará a buen precio... Los tres a una. ¡A las tres!

LA PISTOLA DE PIM. — ¡Pim!

LA PISTOLA DE PAM. — ¡Pam!

LA PISTOLA DE PUM. — ¡Pum!

(El señor Blanch, sin poder siquiera informarse de lo que pasa ni despedirse de sí mismo, arroja de cualquier modo su cadáver contra el escaparate, como expresando su última voluntad de que lo expongan. La enorme luna se desparrama sobre el cuerpo del cor-chotaponero como un sudario de es-carcha y con un estampido — quizás

algo irónico — de botella que se des-corcha.)

CIUDADANO PIM. — ¡Eh, betunerol... Llégate a aquel señor a recoger un do-nativo. Como supongo que se hará el sueco, tú vas y le limpias la cartera. ¿Comprendes?... Aquí estamos... Oiga, mozo (llamándole con un par de dis-paros), supongo que ninguno de los presentes tendrá nada que objetar, pues si así no fuere...

LAS OCHENTA Y TANTAS MESAS DEL CAFÉ-BAR (unánimemente). — ¡No, no, nada que objetar!... ¡Mozo, cobrel...

EL BETUNERO «POSTULANTE». — Aquí tienen los señores la cartera. Es de Rusia. ¿No mandan los señores otra cosa?

CIUDADANO PIM. — ¡Viva Rusia!... Mil seiscientas pesetas. Toma, limpia, para que la cojas a la salud del difunto... ¡Mozo, otro plato!

Mozo. — Perdone el señor. De la Ins-pección preguntan por teléfono si los señores han abandonado ya el estable-cimiento, para, en dicho caso, venir a detenerlos.

CIUDADANO PIM. — ¡Diles que no, que se esperen, que estamos cenando aún!... ¡No faltaba más!... Pero que si quieren venir, que vengan...

UN PETARDO EN LA PLAZA. — ¡Plom!...

CIUDADANO PAM. — ¿Hais oído?

CIUDADANO PIM. — ¡Sí, un petardo in-decentel... ¡Es un asco cómo se abusa del Codorníul... ¡Mozo, tres viudas!...

EN LA PRISIÓN CELULAR

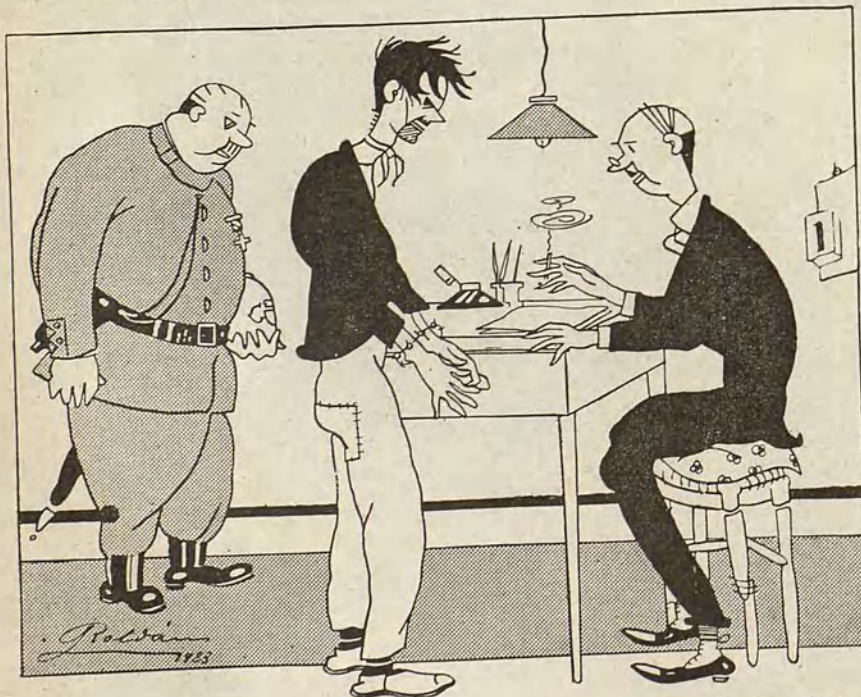
CIUDADANO PIM. — Somos los ciuda-danos Pim, Pam, Pum.

ALCAIDE. — ¡Caramba, los ciudadanos Pim, Pam, Pum!... ¡Qué grata sorpre-sa!... ¿Y a qué debo el placer de salu-darles? ¿Vienen quizás a visitar a alguno de sus correligionarios aquí reclusos? ¿Quién es él: Vich, Pich, Mon, Pons, Ros, Pla, Rull, Prat, Pi?...

CIUDADANO PIM. — ¡A todos, a todos los veremos!... Venimos a reclamar las habitaciones a que la muerte de Blanch, el corchotaponero, creemos nos da de-recho, mientras nuestro defensor no de-muestre lo contrario.

ALCAIDE. — Pero ¿cómo, qué es eso? ¿De modo que ni la manga ancha de los Gobiernos ni la vista gorda de la Poli-cía sirven para nada? ¡Oh, qué disgus-to, qué disgusto me dan ustedes!... ¿De veras se obstinan en llevar adelante tan extraña resolución?... ¿No habría medio de convencerles de...?

CIUDADANO PIM. — No se moleste, se-



Dib. ROLDÁN. — Madrid.

— Pero, hombre, ¿por qué has robado unas botas viejas?...
— Porque creía que eran nuevas, señor comisario...

ñor Coll, agradecemos y tal su interés, pero nuestra decisión es irrevocable. Nueve mil seiscientos sesenta y tres cázulas, tantas como socios cuenta La Razzia en la circunscripción, se disputan el honor de ser alojadas dentro de aquí y acá. Como no disponemos de alojamiento para cantidad semejante de alojados, y no queremos, por otra parte, hacer feos a nadie, hemos decidido escurrir el bulto, ¿no le parece? Aquí estaremos tan guapamente.

ALCAIDE. — ¡Ah, eso es otra cosa! Pasen, pasen ustedes! Vamos a ver qué números tengo libres. ¿Quieren sol o sombra?

CIUDADANO PIM. — ¡Sombra, redéul... ¡Hay que pasar el verano fresco! Y a propósito, señor Coll... ¡Supongo que no habrá chinches!

UN PETARDO EN LA CALLE. — ¡Plom!

UN GRITO EN LA NOCHE (*al paso de un galopín de tahona con un cesto de barras a la cabeza*). — ¡Viva Paralelonial! ¡Muera la madre de Paralelonial!

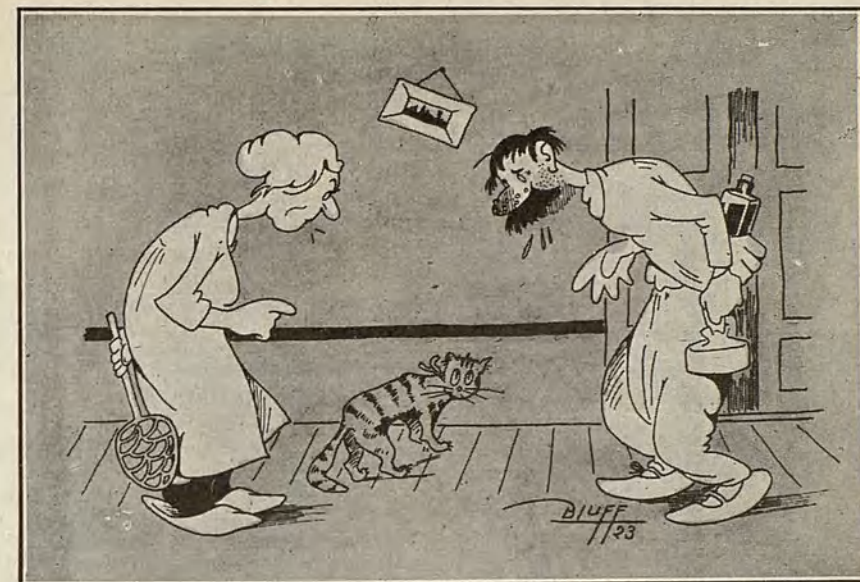
EN ESTRADOS

EL DEFENSOR, SEÑOR MAS Y MAS. — Poco habré de esforzarme, señores jurados, para llevar a vuestro ánimo el convencimiento de la inocencia de mis defendidos Pim, Pam, Pum. Su propia actitud, ¿no es una prueba, no es la mejor prueba de su inculpabilidad? ¡Vedlos ahí, señores jurados, haciendo pitillos tranquilamente: tal es su fe en la justicia de vuestro fallo y el perfecto sosiego de su conciencia!...

«¡No, no son ellos, señores, los responsables de la muerte de Blanch! El señor Blanch fué un suicida; pero un suicida que cometió la imprudencia, la avilantez de suicidarse con arma ajena. ¿No lo veis claro?... Me explicaré:

»Lo que es al grave el centro de la tierra y el polo a la aguja imantada de la brújula, es al proyectil el blanco, aunque otra cosa los malos tiradores parezcan empeñados en demostrar. El industrial Blanch — ya su apellido, fijaos bien, hacía de él un predestinado —, el industrial Blanch, digo, que no podía desconocer, que no desconocía esta ingénita aspiración de los proyectiles a dejar su impacto en el hito, sale de casa la noche de autos completamente vestido de blanco, y ante un escaparate en que ve expuesto uno de esos abanicos en que el prisma espadaña su cola y que son el más exacto remedo de los tableros de tiro al blanco, se cruza de brazos con arrogancia, como el sumariado que espera la descarga, frente a la terraza del café-bar donde mis defendidos celebran su sábado con una modesta cena.

»Fatalmente, ineluctablemente, tres balas de las que al aire disparan los acusados para llamar al mozo, que no acude a las palmadas, van a clavarle en el pecho del suicida, que no tiene el menor reparo en morir instantáneamente, sin



Dib. BLUFF. — Madrid.

— Una copa solamente, ¿y vienes tan encorvao?...

— ¡Mujer, como no sea porque me la han dao del Abuelo!...

una sola palabra exculpatoria para los infelices cuyo hogar ha deshecho y cuya existencia gravemente ha comprometido. Virtualmente, pues, señores jurados, el tal Blanch, además de homicida de sí mismo, fué asesino tres veces, fué autor de la muerte civil, y hasta física, de Pim, Pam y Pum. Y si vosotros, conformándoos con la pena que para ellos pide mi ilustre amigo el señor fiscal, condenáis a muerte a estos tres pobres seres, inocentes víctimas de un suicida sin escrúpulos..., ¡ah, entonces, señores — con la venia de la Sala lo declaro —, entonces vosotros seréis los cómplices, ¡qué los cómplices!, los ejecutores del crimen póstumo, del triple crimen del corcho-taponero autohomicida!»

CIUDADANO PIM (*poniéndose en jarras*). — ¡Ele!

EL PRESIDENTE. — Permítame el acusado recordarle que no puede, no habiéndosele interrogado, decir una palabra.

CIUDADANO PIM. — ¡Eso será porque no se me antojó! ¡Además, no he dicho una palabra, he dicho una letra: ele!

EL PRESIDENTE. — ¡Ah!

CIUDADANO PIM. — ¡No, no: ele!

EL PRESIDENTE. — Bueno, bien, sí, usted perdone. Siga la defensa.

EL DEFENSOR. — Con la venia de la Sala... Caiga, pues, señores jurados, todo el peso de la ley sobre el corcho-taponero, no sobre mis defendidos Pim, Pam, Pum, y a la suma tomada al Blanch por éstos para hacer frente a las eventualidades del proceso, añádase una indemnización de la cuantía que fije el arbitrio pericial. Pero si a toda costa se

quiere un responsable de los pistoletazos, no lo busquéis, señores, junto al cañón humeante de la pistola: id a la fábrica de armas. En tal sentido, con incuestionable acierto, se ha legislado sobre la materia en estos días y...

EL RELOJ DEL ESTRADO. — ¡Las ocho! (*El señor Mas y Mas no se enteró.*) ¡Las ocho! (*La defensa continúa sin enterarse.*) ¡Las ocho y media! (*Presigue la oración de la defensa.*) ¡Las ocho y media! (*El señor Mas y Mas pide más agua.*) ¡Las nueve!... ¡Las nu-e-ve!

EL SEÑOR MAS Y MAS (*por fin*). — He dicho.

(*Los jurados, después de una breve arenga del presidente, se retiran a la recámara a fumar un cigarro sobre el veredicto. Se despeja la Sala para que los togados fumen otro cigarro. El público sale a la antecámara a fumar también un cigarro.*)

EL ESTILOGRAFO DEL SEÑOR QUE NO FUMA. — La separación de los fumadores por un tabique en tres distintas categorías es, a lo que parece, esencial o inherente a la administración de la Justicia.

EL SEÑOR QUE SE FUÉ Y HA VUELTO. — ¿Qué, hubo veredicto?

UN UJIER. — Los ciudadanos Pim, Pam, Pum, absueltos. El pobre señor Blanch, que en paz descansa, condenado a muerte, ¡a tres penas de muerte!

UNA BOMBA EN LA CALLE. — ¡Prrrum!

UN CORO DE VOCES INFANTILES, DE VOCES SENILES Y DE VOCES AGUARDENTOSAS. — ¡El Diluvio!

MANUEL GALÁN

DEL BUEN HUMOR AJENO

UNA FILOSOFÍA ORIGINAL, por Arkady Averchenko

I

El sol no calentaba aún mucho.

En un claro del bosque, sentados a la sombra de unos arbustos, almorzaban dos amigos: el telegrafista Nadkin y el señor Kurochkin, hombre sin profesión concreta. Según él, era negociante y tenía a la venta minas de oro en los Urales, inmensos bosques en la frontera persa, manantiales de aguas medicinales en el Cáucaso y otras mil riquezas. Los géneros de que disponía valían millones de rublos; pero como los habitantes de la oscura aldea donde residían eran gentes modestas, sin aspiraciones ambiciosas, no había realizado aún ningún negocio y se hallaba en la mayor miseria.

Las suelas de sus botas manifestaban una obstinada tendencia a separarse del resto del calzado, y sus ropas, compradas ya no muy nuevas a un ropavejero, habían envejecido de un modo lamentable sobre su descarnado cuerpo; además, su estómago estaba casi siempre vacío.

Nada de esto era óbice para que el negociante se distinguiera por su dinamicidad, su buen humor y su optimismo.

El telegrafista, por el contrario, era perezoso y apático; su recreo predilecto era estar tendido en la cama, en la hierba, en cualquier parte, entregado a sus reflexiones filosóficas. Sus amigos le llamaban «el hombre acostado».

Su aspecto exterior era por el estilo del de su amigo Kurochkin: los filósofos no suelen cuidarse gran cosa de su *toilette*.

II

Era el primer día de Pascua.

Los dos amigos se sentían por completo felices y saboreaban el hondo placer de vivir.

Comían y bebían como verdaderos gastrónomos: sin apresurarse, recreándose en cada bocado y en cada trago. Ante ellos, encima de un periódico extendido, había seis huevos de cáscara coloreada, una gallina asada, medio metro de salchichón ucraniano, un hermoso pastel de Pascua y una botella de *vodka*.

Todo el día era suyo y no tenían prisa.

El telegrafista, cuando hubo llenado la barriga a su gusto, se tendió boca arriba, cara al sol, entornó los ojos y suspiró:

— ¡Qué delicia!

— Ya verás — dijo Kurochkin — qué vida nos damos en vendiendo yo los bosques de Lenkorán. Siempre iremos de frac y beberemos champán a todo pasto. De los bosques me reservaré algunos centenares de hectáreas. A ti te cederé terrenos a orillas del mar y yo me haré una quinta en la frontera persa.

— ¡Gracias! ¡Eres un verdadero amigo! ¿Quieres un cigarrillo? ¡Cázalo!

Kurochkin cogió el cigarrillo en el aire y los dos amigos se pusieron a fumar.

Sus ojos seguían atentos el flotar perezoso de las espirales de humo.

III

— Naturalmente — dijo, tras una breve pausa, Nadkin —, el frac, el champán, la quinta a orillas del mar, no me desagradarían; pero...

— Pero ¿qué?

— Pero se puede ser feliz sin eso.

— ¿Tú crees?

— ¡No creo, estoy seguro! Además, ¿para qué acumular riquezas? La vida, tarde o temprano, acaba en la nada. ¿Qué sucederá — prosiguió — cuando yo me muera?

Kurochkin se sonrió desdeñosamente:

— Habrá un temblor de tierra, un diluvio, un cataclismo formidable — repuso en tono irónico. Y luego de darle al cigarrillo una prolongada chupada y lanzar una espesa bocanada de humo, añadió: — Tranquilízate: no sucederá nada; tu muerte pasará en absoluto inadvertida.

— Si, ¿eh?... ¡Qué grosero error! Cuando yo me muera todo desaparecerá al punto: el sol, la tierra, los caminos de hierro, las ciudades...

Kurochkin se incorporó a medias, apoyando un codo en el suelo, y miró con cierta inquietud a su amigo, preguntándole:

— ¿Hablas en serio?

— ¡Y tan en serio!

— A ver, explícame esa teoría.

— Es muy sencillo: mientras yo exista, necesitare el sol, la tierra, etc.; pero cuando deje de existir, ¿qué falta hará nada de eso?

— Así es que, según tú, todo eso existe sólo para ti, tú eres el centro de la creación... ¡Qué impertinencial!

Con acento de la más profunda convicción, el telegrafista replicó:

— Cuando no exista yo, ¿qué necesidad habrá de que exista nada?

— Pero ¿y los que te sobrevivamos?

— ¿Quiénes?

— En la tierra hay millones y millones de seres vivientes... Hay un sin fin de funcionarios, de estudiantes, de zapateros, de ministros, de caballos, de perros, de loros, de *sportmen*... Y supongo que querrán seguir viviendo, aunque te mueras tú.

— ¿Para qué?

— ¿Cómo que para qué? ¿Crees, de veras, que sin ti no querrán vivir?

— ¡Claro! Su existencia no tendrá ya objeto.

Kurochkin empezaba a enfadarse.

— ¡Vamos, estás de broma! ¡No puedes decir eso en serio!

— Lo digo y lo pienso. Estoy convencido de que esa es la verdad.

— ¡Qué imbécil!

IV

Nadkin guardaba un silencio dialéctico.

— Así es — gruñó Kurochkin dirigiéndole una mirada de desprecio —, que todos los generales, escritores, artistas, senadores y horizontales que hay en la actualidad en Petrogrado y en Moscú existen para ti y nada más que para ti, ¿no es eso?

— Naturalmente. Pero en la actualidad, en la hora de ahora, no existen.

— ¿Cómo que no existen?

— Ni en Petrogrado ni en Moscú existen ahora teatros, ni oficinas, ni tiendas, ni seres vivientes. Su existencia sería inútil.

— Pues ¿dónde están? — preguntó Kurochkin abriendo unos ojos como platos.

— ¡En ninguna parte!

— ¡¡¡...!!!

— Pero si yo hiciera un viaje a Petrogrado o a Moscú existirían en seguida. A la llegada de Nadkin, las casas surgirían como por ensalmo, los coches rodarían a través de la ciudad, se abrirían los teatros, las tiendas de modas se llenarían de señoras, los periódicos reanudarían su publicación. Y en cuanto Nadkin se marchase, todo desaparecería: se disiparía, la ciudad entera se hundiría en la nada.

Kurochkin tembló de cólera y no pudo, durante unos instantes, articular una palabra.

— ¡Qué canalla! gritó al cabo —. ¡Dan ganas de romperle las muelas! ¡Qué insolencia! ¡Se figura que los ministros, los generales, los zapateros, los cocheros, sólo existen para él, para el señor Nadkin! ¡Vaya un personaje!

— Desde mi infancia — dijo Nadkin sin mostrarse ofendido por estas palabras, como si no las hubiese oído — estoy convencido de que antes de mí no existía nada ni existirá nada después. ¿Para qué? Mientras Nadkin exista, existirá todo para él. Cuando Nadkin desaparezca, desaparecerá todo con él.

— Pero si eres un personaje tan importante, ¿por qué no eres rey o príncipe?

— ¿Soy acaso inferior a los príncipes y a los reyes? Los príncipes y los reyes existen para mí.

Kurochkin, furioso, se sentó.

— Así es que, como estás en el campo, ¿la ciudad no existe?

— Existe, porque la veo...

— No entiendo...

— Es muy sencillo: cuando miro, aparece; cuando cierro los ojos, desaparece. Si no miro, no tiene razón de existir.

— ¿Habrás visto mamarracho?... No mires; miraré yo solo. ¿A que no desaparece?

— Para mí no existirá, y basta. Lo demás no me interesa...

Reinó un largo silencio. Kurochkin, exasperadísimo, escupió sobre la hierba, se tendió de nuevo y se puso a silbar un aire de ópera.

V

— ¡Oye! — gritó incorporándose bruscamente, como sacudido de una súbita inspiración.

— ¡Y si yo me muero, desaparecerá todo también?

— Si te mueres después que yo, ya habrá desaparecido todo.

— ¿Y si me muero antes?

— Si te mueres antes, todo seguirá existiendo. ¿Por qué va a desaparecer viviendo yo? Tú eres una de las infinitas cosas que existen para mí.

Vives para mí. Y morirás...

— ¿Para que tú te diviertas?

— Al contrario, para que yo lllore.

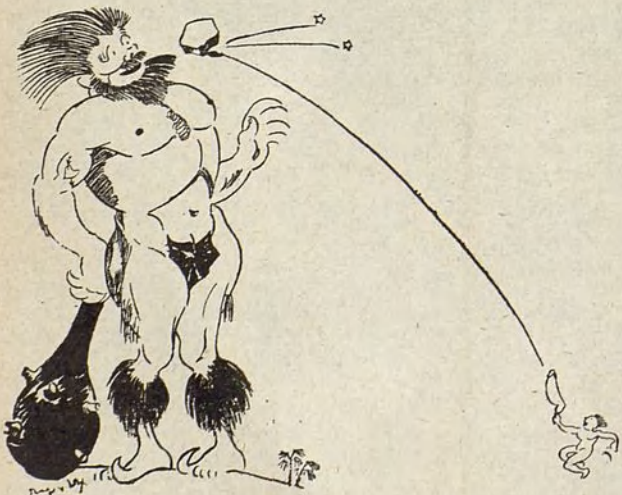
La indignación de Kurochkin subió de punto.

— De modo que yo soy un ser accesorio?

— Como el zar, como el papa, como Rothschild, que dejarán de existir cuando yo me muera.

— ¿Y sólo existo cuando tú te dignas mirarme?

— ¡Es triste, pero es así!



GOLIAT. — ¡Caramba! El doctor me ha dicho siempre que moriría de la piedra...

(De ROGER PRAT, en *Le Rire*, de París.)

— Y cuando miras a otro lado, ¿dejo de existir? Nadkin vaciló un momento. A la postre, el filósofo venció al amigo.

— Si. Cuando no te miro, no existes. Tu única misión en el mundo es hacerme compañía.

Aquello ya era demasiado. Kurochkin se levantó. Sus ojos lanzaban rayos.

— ¡Habrás visto canalla! — gritó loco de rabia —. Ahora resulta que mi madre me echó al mundo, me crió y me educó para que le hiciese compañía a este indecente telegrafista. ¡Qué farsa!... ¡Vaya un personaje!... ¡Estúpido!... ¡Imbecil!... Todo ha acabado entre nosotros.

Y calándose la gorra hasta las orejas, se alejó, temblor de ira, en dirección a la ciudad.

Nadkin pensaba mirándole alejarse.

— Todavía existe, puesto que le veo; pero no tardará en desaparecer entre los árboles, es decir, en dejar de existir.

Una diabólica sonrisa brilló en el rostro del telegrafista filósofo.

A. R. H.

— ¿Has visto Quinito qué mujer tan guapa se ha llevado, siendo él tan teo?
— ¡Sí es feo, sí! ¡Pero usa Licor del Polo de Orive!

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

L. P. H. Madrid — No vale. Además, ¿por qué lo titula usted *La fantasma*, si fantasma ha sido masculino toda la vida.

A. A. (Otto). — Muy bonitas las jotas de Otto. Publicamos una, delicadísima:

«Cuando se peina mi maña,
me dan ganas de ser peine,
pa ver si así conseguía
quitarla pronto las liendres.»

Además, vamos a reproducir lo que nos envía al dorso el Sr. A. A., y que dice así:

3944,35
1167,70
2776,65
530
2246,65
15,95
2262,60
97,65
2164,95

No sabemos con qué objeto nos envía esta operación, que, en su clase, debe de ser un acierto. Con tales condiciones aritméticas, creemos que

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial. LOGROÑO

debe dejarse de hacer jotas y dedicarse por entero a las oposiciones del Catastro.

J. de M. Madrid. — No sirve, ¡naturalmente! La culpa la tiene el papel que usa.

— No ha oído usted decir por ahí eso de: «Eres más cursi que escribir en bloc?»

El Madrid. — Puerilísimo.

F. A. N. Vigo. — Lo mismo digo.

Aube. Madrid. — Los versos, malejos; los dibujos, peores.

Se conoce que ha visto usted caricaturas de López Rubio.

¡Ese Romanones es inconfundible!

M. J. de C. Jerez de la Frontera. — No, joven. Eso no está conforme en todo a las instrucciones del concurso.

Hay que enviar todas las del mes. ¿Comprende?... Bueno.



E. L. de P. Madrid. — ¿Relatos exóticos? ¡Si eso de hacer un artículo con los nombres de las calles de Madrid es más clásico que la Fuentecilla!



VÍCTIMA GALANTE

(De London Opinion, de Londres.)

— Dispense usted, señora, que, sin tener el honor de conocerla, me dirija a usted; pero creo un deber informarla de que una grande y antiestética mancha de sangre de mi mejilla está estropeando el alfiler de su sombrero.

EL DÍA DEL JUICIO

En la Audiencia territorial de Calabobos se espera la vista de la causa contra el marqués de Somochuelo, por robo con escalo.

Dada la desahogada posición del procesado, nadie se explica los móviles que hayan podido inducirle a cometer tan reprochable acción.

Oigamos al acusado:

— Sí, señor presidente. Yo he entrado en casa de la viuda calagurritana y me he apropiado de cuantos objetos había en su tocador. ¿Creen ustedes que era dinero lo que buscaba? Seguramente,

no, puesto que mi fortuna es mayor que la de todos los calabobenses juntos... ¿Qué era, entonces?... Pues que un día vi sobre su tocador una joya cuya posesión había hecho yo cuestión personal. Ahora, que ya está en mi poder, pueden juzgarme como quieran. He aquí la alhaja.

Y sacando del bolsillo un tubo de pasta dentífrica Sanolán, lo presentó a los admirados ojos de jueces, jurados y público.

Ni que decir tiene que el señor marqués fué puesto en libertad en el acto

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— Yo no sé lo que tiene mi reloj: es imposible hacerle andar más de ocho horas.
— ¿Es que lo has comprado en casa de un relojero socialista?

Juan Ortiz.

Entre dos pollos *bien*.
— Oye, ¿tu novia tiene pasta?
— Sí; una fábrica de sopas.

La Dama Blanca.

Un inquilino de piso azotea se queja a su portera de que tiene goteras en su piso, diciendo:
— ¡Hay que ver qué modo de caer gotas de agua, portera!... ¡No hay derecho!...
A lo cual le contesta la portera:
— ¡Pues, hijo, por los diez duros que paga usted de renta, no puede pedir que caiga champagne!...

Ma-Us-Ita. — Madrid.

Pepito pregunta a su madre:
— No es verdad, mamá, que los soldados son niños como nosotros?
— ¿Por qué lo dices?
— Porque todos van a paseo con la niñera.

José Lozano. — Tetuán.

— ¿En qué se diferencia un autobús de las señoras que salen por la mañana?
— En que las señoras van a compras, y los autobuses a Ventas.

Galigari. — Madrid.

— Guillermo — dice la maestra —, dame tres pruebas de que el mundo es redondo.
— Sí, señora — contesta Guillermo ufánamente —. El libro lo dice, usted lo dice, y mi madre lo dice.

Anónimo. (¡No está firmado!)



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— Doctor, me encuentro muy mal: las piernas se niegan a sostenerme, y no puedo dar un paso. ¿Qué me aconseja que tome?
— Pues tome el tranvía...

— ¿Dónde se cometen más infanticidios?
— En las tabernas, porque es donde se encuentran los *medios chicos*.

Benjamín López. — Madrid.

— ¿Cuál es el colmo de un médico especializado en curar la sordera?
— Llamarse Tapia.

Colasín.

— Oye, Ciriaco, tú que eres tan *hacha* para esto de los acertijos, ¿en qué se parece el nombre de cierto barco dedicado al comercio a los motivos de hinchar el balón del *foot-ball*?
— ¡...!
— ¡Pa-que-botel!...

Mario de Zala. — Valladolid.

Examen de física.
Señor Pérez, dígame un ejemplo de un cuerpo elástico.
— Un coche de *punto*.
— ¡Hombrel!... ¿Por qué?
— Porque como es de *punto*, da de sí.

Masto. — Madrid.

— Papá, ya sé qué te regalaré el día de tu santo.
— ¿Qué, hijo mío?
— Una pipa de espuma de mar.
— ¡Si ya tengo unal!...
— No, papá, no la tienes: te la acabo de romper yo ahora mismo.

M. Conde. — Madrid.

— ¿En qué se parece una cocinera a un volcán?
— En que hace *fuego y lava*.

José Balañá. — Barcelona.

— ¿Cuál es el cómico del que huyen las fieras?
— *Espanta-león*.

José Andaluz. — Alcalá la Real.

— ¿En qué se parece Luis Esteso a la cima de un cerro y al autor de la *Jerusalén libertada*?
Pues en que Luis *Es-teso*, la cima también *es-teso* y Torcuato *es-Tasso*...

Mario de Isla. — Valladolid.

— ¿Cuáles son los hombres que más pierden en las revoluciones?
— Los mozos de cuerda, porque son los que se llevan todas las cargas.

Benjamín López. — Madrid.

— ¿En qué se parece un aviador a un huevo?
— En que se puede *estrellar*.

Berysán. — Barcelona.

— ¿Cuál es el colmo de una bordadora?
— Ponerle encaje a una camisa del gas.

Alkalino. — Málaga.



Dib. LÓPEZ REV. — Madrid.

— ¿Me da usted dos cuerdas para la guitarra?
— Aquí no vendemos cuerdas.
— ¿Es que como pone fuera «objetos para tocador»!...

Lección de Geografía.
EL PROFESOR. — Gutiérrez, ¿cuál es la capital de Suecia?
GUTIÉRREZ. — ... Copenhague.
EL PROFESOR. — Esto es el colmo de los colmos: decir que la capital de Suecia es Copenhague.
¿No es *Esto-colmo*?
Ko-E-T. — Madrid.

Entre malagueños.
— Pues na, er tío me dijo sinvergüenza y *mala-ge*, y añadió que tardaba en partirme el corazón lo que tardaba en matar un millón de pulgas: un segundo.
— ¡Y tú qué le dijiste a eso de las pulgas?
— Yo le dije: ¡*Zo-tall*!

Gravina. — Madrid.

Un ladrón honrado.
— Tenga su reloj, caballero, y dispénsame: creí que era de oro.

Masto. — Madrid.

— ¿Cuál es la mejor manera de entrar a comprar en un almacén de semillas?
— Mintiendo, porque el rótulo dice: «*Si-mientes*, salvado.»

Santiago Santacrú. — Madrid.

— ¿En qué se parece una iglesia a oscuras al mar?
— En que *na-ves*.

C. Polo. — Crevillente (Alicante).

El premio del número anterior ha correspondido a **En-re, de Madrid**.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 356.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfin y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinoso. — **Habana:** droguería de Sará, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

—¿Qué les ha sucedido a ustedes?

—Nada, buen hombre; que hemos tenido *panne*.

—¡Pues si me quieren vender unas raciones, me ahorran el llegar hasta el pueblol!

Ayuntamiento de Madrid